

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVIII. MADRID 14 MAYO 1898. NÚM. 20

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

CALOR EN LOS CORAZONES

Hermoso y valiente fué el discurso que Salmerón pronunció en el Congreso el martes. Hace unos años, podía haber servido de preludeo á la revolución. Mas ¡ay! que hoy falta calor en los corazones, y la admiración que produce la viril elocuencia del hombre no logra despertar el entusiasmo que ha ido apagando la conducta del político.

Ese discurso, teniendo un pueblo detrás, habría sido de una resonancia maravillosa; sin tenerlo, ha servido únicamente para aumentar la fama, si aumento cabía, de orador incomparable que tiene ganada tiempo ha Salmerón.

Al retirarse el martes á su casa, satisfecho de su elocuencia, orgulloso de haber desafiado valerosamente las iras de todos los monárquicos, debió echar de menos el aplauso de esas muchedumbres indisciplinadas que por instinto admiran todo lo que es grande, y que sancionan los triunfos de sus tribunos, los éxitos de sus políticos, las gallardías de sus hombres...

Pero él no cuenta, ni podrá contar en adelante con ellas. No es posible llevarse tantos años insultándolas (sin perjuicio de aprovechar su voto en las elecciones), tachándolas de indisciplinadas, diciéndoles que no tienen hierro en el cerebro, sin que esas muchedumbres hagan el vacío al rededor del que así procede. Y político que se agita en ese vacío, político muerto es.

Si Salmerón pensara un instante en lo que le viene ocurriendo, quizás se reprocharía el haber echado tantas veces hielo en el corazón del pueblo, ese pueblo que le admira cuando habla y no le quiere cuando obra; que le aplaude si ataca á la monarquía, pero que no se fiaría de él para entregarle la República.

¡Y si al menos encontrase fuera del pueblo lo que éste le niega! Pero no. Promete pagar al clero, y el clero le repele; respetar al ejército, y el ejército no lo quiere; halaga á la masa neutra, y la masa neutra no le hace caso; procura atraerse las clases conservadoras, y éstas huyen de él; los que están á su lado, se le ponen enfrente; los que están lejos, no quieren acercarse; en fin, que no inspira ni amor ni confianza, y en cambio despierta odios tenaces y recelos profundos.

¡Triste destino en la política española el de ese gran orador que los republicanos se contentan con admirar cuando pronuncia un discurso, y que maldicen cuando hace la guerra á Castelar, combate á Pi, ó se aparta de Ruiz Zorrilla para formar un partido que no puede sostener, y entrar después en una fusión que mata al nacer, porque no logra sustraerse al deseo de dirigirla y dominarla!

¡Misión funesta la del hombre que emplea sus aptitudes en dividir á los republicanos y unir á los monárquicos!

LA DICTADURA

Desde que dije: «la República, tráigala quien la traiga», me obligué á ayudar á quien nos la regalase ó nos pusiera en condiciones de conquistarla. Por esto, cuanto se lanzó la idea de la dictadura, la apoyé.

Ahora he sabido que hay quien desea que esa dictadura la ejerza Weyler, y quiero decir que, de todos los generales españoles, ese quizás sea el único que debe ser excluído.

No analizaré ni discutiré su historia ni sus condiciones; aun siendo estas buenas y aquella mejor, habría que desistir de pensar hoy por hoy en él para dictador. ¿Por qué? Porque su elevación colocaría á España en situación difícilísima ante las naciones extranjeras.

Con razón ó sin ella (que esto hace ahora poco al caso), no pasa por un gran talento ni por un afamado militar, y en cambio se le atribuyen hechos que no le favorecen en cierto orden de ideas. Maniobras de sus enemigos, infamias políticas, calumnias sin base... Concedo que sea todo eso... Pero como la fama de los hombres que están á su altura no arranca de la conciencia que ellos tengan de sus actos, sino del juicio que merecen á los demás, el general Weyler tiene por fuerza que resignarse á no ser una esperanza de salvación para España, por lo menos hasta que las cuestiones internacionales pendientes hayan terminado por completo.

La guerra tiene que acabar, más pronto ó más tarde, en ésta ó aquella forma. Y júzguese, si nos fuera desfavorable el resultado, cuánto complicaría la cuestión el que estuviese Weyler al frente de los destinos de España.

Si los republicanos que piensan en Weyler se despojan de toda pasión política para fijar su mirada en el interés de la patria únicamente, tengo la seguridad de que no seguirán halagando una idea cuya realización traería á España complicaciones sin cuento en el exterior.

Y no sirve echarla por la tremenda creyendo y diciendo que nosotros nos bastamos. Desgraciadamente estamos purgando la falta de previsión de la monarquía, que ha gobernado como si España fuese la única nación del planeta.

En los momentos actuales debe tenerse en cuenta la opinión de los extraños, tanto por lo menos como la de los españoles.

LA PATRIA SOBRE TODO

Leí que el partido progresista había acordado entenderse con Castelar, y me dije: «Nada más lógico; su programa es casi idéntico al que mantuvo Castelar en su ya disuelto partido; la cuestión de procedimiento, que dividía, desapareció desde que el progresismo se decidió por la dictadura militar; los hombres que hoy están al frente de él no contribuyeron á la caída de la República; no hay, pues, razón ninguna para que dejen de sumarse con el republicano que cuenta con mayor suma de opinión en España.»

No ha resultado cierta la noticia, y lo lamento de todas veras: habría influido mucho en los destinos de la patria la aproximación esa. Ver unidos al que ha estado constantemente dentro de la legalidad, con los que la han perturbado revolucionariamente siempre que han podido, equivalía á decir: «ante las desventuras de la patria sacrificamos hasta el interés de partido»; y digo de partido, por no suponer siquiera que nadie haya pensado en el personal al oponerse á que la aproximación se haga.

Al desmentir la noticia, *El Progreso* dice: «El partido republicano progresista, conservando su personalidad, sus tradiciones y su programa, há-

llase dispuesto á concertar inteligencias con todos los partidos republicanos.»

Perfectamente, y buena prueba de ello ha dado estos días su jefe, el Sr. Esquerdo, tratando de convencer á Pi, Salmerón y otros republicanos de la necesidad de unirse para una acción común.

Pero es que en el caso presente no se trata de eso. Castelar no tiene partido ni programa; representa el punto de unión de todas las fuerzas liberales de España para rehacer la patria y combatir la reacción, siendo además el único que puede dar tono y respetabilidad en el extranjero á la República, que será conservadora, porque desgraciadamente nosotros no hemos traído la revolucionaria.

Comprendo que la Junta del partido, (donde público es que hay tendencias favorables á Castelar), no está autorizada para tomar cierta clase de iniciativas sin el concurso de la Asamblea; pero ¿ Cree el querido colega que no valía la pena de consultar por carta á cada uno de sus individuos para el acto de más trascendencia política que puede realizar hoy el partido progresista? De seguro que si viviera su antiguo jefe, se habría ya unido á Castelar sin consultar con nadie, atendiendo á la gravedad de las circunstancias. ¿Por qué no lo hace el actual, teniendo, como tiene, un amplio voto de confianza?

¿Cuánto le agradecería yo á *El Progreso* que se sirviera contestar á este artículo!

TODO ALETARGADO

Parodiando al médico que decía: «no hay enfermedades, sino enfermos,» yo vengo repitiendo desde hace años: «no hay partidos republicanos, sino republicanos.»

Republicanos que, por causas de todos sabidas y por mí constantemente señaladas, estamos como aletargados para toda acción práctica y provechosa; dándose el triste caso de que los partidarios de los procedimientos de fuerza llevamos once años sin dar señales de vida, y los que ven la panacea en los comicios vayan al Congreso á pronunciar discursos sin trascendencia, que los votos anulan dentro, y que no tienen eco fuera. ¿Por qué esto último? Porque representan exigua suma de opinión republicana.

Véase la suma de opinión que representan los republicanos de más renombre, por los votos que han alcanzado en las elecciones últimas, comparados con los que obtuvieron en las del 93.

	1893	1898
Sr. Salmerón.—Madrid.....	27.036	»
Gracia.....	7.299	1.030
Murcia.....	3.375	»
Coruña.....	655	»
Total..	38.365	1.030

» Azcárate.—León.....	3.084	915
» Muro.—Valladolid...	7.190	4.205

Estos señores pertenecen á la fusión republicana.

¿Están acaso mejor los federales? No; ninguno ha triunfado, y su jefe ha obtenido la siguiente votación:

	1893	1898
Sr. Pi.—Madrid.....	26.788	»
Barcelona.....	6.415	770
Córdoba.....	2.406	»
Coruña.....	605	»
Figueras.....	»	1.627
Valencia.....	»	649
Total.....	36.214	3.046

¿Qué quiere decir todo esto? Que las divisio-

nes mezquinas, las luchas de fracción, los odios irreductibles, lo pequeño, en suma, han aletargado las grandes energías del partido republicano. Por esto las circunstancias imponen imperiosamente la muerte completa de los organismos que á tal situación nos han traído, si hemos de servir á la patria trayendo la República. Seguir como estamos sería agravar el mal, haciendo además inútil todo remedio.

Lamentable es hablar así, pero más lo es el que sea cierto.

Profetas á quienes nadie escucha, sacerdotes con pocos fieles, políticos que no inspiran confianza, revolucionarios que no conspiran, partidarios de la lucha legal que á lo mejor se retraen, indisciplinados para llegar y ordenancistas para mantenerse, despreciadores del que no se distingue y ahogadores de todo el que vale...

Así son los republicanos que han venido monopolizando la opinión en su exclusivo provecho; y si no uos así tan perfectamente lo finjen, que no hay manera de juzgarlos de otro modo.

Urge, pues, que el partido republicano busque orientación nueva.

LO MÁS CONVENIENTE

Va á reunirse la Junta Central de la fusión republicana.

Si se inspirasen sus individuos en el ideal de la patria, contribuiría mucho esa reunión á resolver los problemas pendientes; de lo contrario acabará la fusión como fuerza política.

Que los hombres tenidos en ella por los primeros no representan la opinión, hartos lo dicen los votos que han alcanzado en las elecciones últimas; que entre algunos de ellos predominan ideas contrarias á las de la masa común, dícelo el que en la última reunión de la minoría republicana del Congreso, el Sr. Salmerón declaró que estaba resuelto, al intervenir nuevamente en el debate político, á pedir al gobierno que procurase el inmediato término de la guerra con los Estados Unidos, *fuesen cualesquiera* las concesiones que hubiera necesidad de hacer para conseguir la paz; sus amigos Azcárate y Labra se mostraron partidarios de la solución, y únicamente Blasco Ibañez recabó su libertad para tomar la actitud que creyera conveniente.

Y siendo así, y que en el seno de la Junta Central hay tendencias encontradas, lo más conveniente, y justo, y patriótico sería disolver la fusión, por lo mismo que se han disuelto tantas coaliciones y uniones: por no haber respondido á la idea que les dió vida. De este modo quedarían en libertad sus individuos para seguir el rumbo que su amor á la patria les señalara.

Confesar honradamente una equivocación nueva, aquí donde tantas hemos sufrido todos, pudiera ser en estos momentos, á más de patriótico, rasgo hermoso de valor cívico.

ARMA DE DOS FILOS

Los que saben que la República en manos de Castelar sería un valladar á sus ambiciones; los que, después de haber deshecho los partidos, temen que se forme uno poderoso del que puedan surgir hombres que los anulen, hacen correr la voz de que la enfermedad que Castelar sufre hoy le impedirá salvar á España.

Enfermo está, sí, no sé en qué grado ni de qué enfermedad, pues no lo he visto hace 20 años, ni procurado verle ahora. Pero aun cuando estuviese más enfermo de lo que está, deberíamos agruparnos á su alrededor. Un año de su vida, un mes, un día vale para la República más que tres lustros de los que no han sabido traerla en un cuarto de siglo, ni han de encontrar quien se atreva á entregársela si viene.

A los que tratan por ese medio de desviar las corrientes de simpatías y esperanzas que van hacia Castelar, podría con justicia preguntárseles: «¿Qué valdréis vosotros ni qué confian-

za inspiraréis, cuando todos miramos hacia ese hombre, sin partido, solo y enfermo? ¿Qué representarán vuestras fracciones, vuestros programas y vuestra salud, cuando no atraen á las masas ni obligan á la nación angustiada á pensar en vosotros?»

¡Ay de todos, pero principalmente de vosotros, si ese hombre muriese sin haber logrado sus deseos! Ni tendríais á los revolucionarios á vuestro lado, ni tampoco á los que sueñan con una República de orden. Los primeros pasarían sobre vosotros y los segundos os despreciarían.

Cesad, pues, en la labor de quitar importancia al gran movimiento de opinión iniciado, porque trabajáis contra la República; y ayudad á que ese enfermo, como el Cid después de muerto contra los moros, gane la postrera batalla contra la reacción.

Para que las circunstancias puedan algún día colocar la República en vuestras manos, lo primero es que venga; y que por vosotros no ha de venir, hartos lo pregonan con voz potente los 25 años transcurridos desde la restauración.

Ya que no seáis patriotas, sed egoistas por lo menos.

RESPONSABILIDADES GEMELAS

En estos días tremendos en que el valor de nuestros soldados y marinos aumenta el catálogo de héroes en la historia patria, pero en los que la derrota prevista nos envuelve por todas partes, hay que distribuir equitativamente la indignación entre los monárquicos y los republicanos que, por los cargos que ejercieron en sus fracciones respectivas, por el prestigio que han tenido, ó por la confianza que en ellos pusimos, estaban llamados á ser los censores y los fiscales de la restauración.

Si cuando han ido á las Cortes, en vez de elegir asuntos en que pudieran aumentar su fama de oradores, hubieran estudiado las cuestiones económicas y un día y otro combatido las inmoralidades de los gobernantes, no habría sido posible llegar al extremo de no tener marina, habiendo el país dado millares de millones para ella.

No les exijamos responsabilidades por esto, pues también alcanza grandísima á los que hemos tolerado cuanto han hecho; sin nuestra complicidad y apoyo bien poco hubieran podido hacer.

Olvídemos y perdonemos, sí, más no pongamos á los que tal favor reciban en condiciones de merecerlo nuevamente. Concedámosles indulto, no amnistía. Errores que perseveran un cuarto de siglo, antes que errores parecen propósitos inquebrantables. Seamos generosos y no exijamos responsabilidades á los hombres que dedicados al juego del tira y afloja revolucionario en los últimos 25 años, han facilitado el de la restauración. Démosles al olvido, como ellos dieron sus deberes, y que les sirva de castigo el ver que otros implantan la República que no han sabido traer.

CASTIGO DIVINO

Sí; dicen bien los clericales: Dios nos castiga por nuestros pecados.

Y nuestros pecados son, haber entregado desde el 35 acá 9.585.792.000 de reales á un clero que nos ha hecho gastar otros tantos en las guerras civiles que ha promovido, pudiendo vivir muy bien de los productos de su oficio.

Y nuestros pecados son, haber consentido que vuelvan á levantar cabeza las órdenes religiosas, que en los últimos veinte años han chupado la savia de la nación.

Y nuestros pecados son, haber consentido, lanzando á lo más débiles protestas, que España trueque su prosperidad material, su elevación moral, su cultura y su honra por sermones, misas y responsos.

Y nuestros pecados son, haber sido tan imbéciles ó tan cobardes, que hemos permitido que esos miles de millones expliquen hoy á

esta pobre España, desangrada, empobrecida, casi muerta, por qué no tiene caminos, canales, puertos, ferrocarriles, marina, ni nada de lo que constituye la gloria y la prosperidad de una nación; por qué sus hijos emigran; por qué las fábricas se cierran; por qué el carácter nacional decae, y por qué resuenan por todos los ámbitos gritos de angustia, rabia y muerte, que se confunden con el ruido del oro que las congregaciones religiosas arrancan al fanatismo, la hipocresía, el crimen y la ignorancia...

Estos son nuestros pecados, grandes como la expiación que nos han traído; dos guerras civiles, otras dos en las colonias, y para remate una extranjera.

Y á propósito de ésta: ¡qué poco nos podía haber importado que viniese, si hubiéramos empleado en acorazados esos nueve mil y pico de millones! Tendríamos *ciento cincuenta* como el Carlos V. Y con ciento cincuenta acorazados seríamos los dueños del mundo.

RUMOR INSIDIOSO

Porque diz que Castelar ha dicho que no quiere nada con los que conspiraron contra él para perder la República, los partidarios de estos señores andan corriendo por ahí la voz de que nada quiere con los republicanos.

No es cierto. Castelar tiene bastante talento para no comprender que le conviene aceptar el lastre de los republicanos que volvemos hacia él los ojos cansados de mirar inútilmente á todas partes, republicanos que ni contribuímos á la caída de la República ni hemos procurado desde entonces medrar á la sombra de la monarquía, directa ni indirectamente.

Somos una porción de Quijotes que, enamorados de nuestra dulcinea, la República, encantada por Merlines de levita, nos ponemos al lado del que puede desencantarla, no con la esperanza de desflorarla al verla en su pristino estado, sino con el de amarla y servirla. Los que otra cosa piensan, se oponen á que la desencante nadie.

Alguno de esos ha llegado á decirme que había hecho una plancha al ofrecermela á Castelar para traer la República. ¿Plancha yo? No la haría ni aun en el improbable caso de que Castelar se negara realmente y en absoluto á entenderse con ningún republicano, pues me quedaría en la situación que ocupó desde que dije: «Cualquier República y con quien la traiga», y en perfectas condiciones de ayudar al que trabajase por traerla.

Planchas de esta clase, en vez de perjudicar favorecen, y de deprimir, honran.

LO DE SIEMPRE

Acuerda el ayuntamiento de Sevilla contribuir con fondos propios á la suscripción para el fomento de nuestra marina, y dáse á cavilar de qué capítulo ó de qué rincón va á sacar el dinero.

Y se niegan los concejales á que se les quite ó rebaje la subvención de 6.000 pesetas á los Escolapios, ni la de 3.000 á las Hermanitas de la Sábana Santa, ni la de 4.000 á los capuchinos, ni la de 1.000 á las Hijas de María...

Pero, en cambio, acuerda quitársela al Asilo de San Fernando, que sostiene á los indigentes hijos de Sevilla y enseña oficio á los niños.

A continuación de esta, da *El Baluarte* la noticia de que, á propuesta de un médico afortunado, aquel ayuntamiento ha acordado, sin discusión, que se celebre un solemne *Te Deum* pidiéndole á Dios el triunfo de nuestras armas contra la avaricia yanqui. Y le pone el querido colega este comentario:

«Con tal motivo, los curas cobrarán una buena paga, y que venzamos á los yanquis, ó que los yanquis nos venzan, ellos siempre sacan la tripa de mal año.»

¡Qué lástima esta de tener que resignarse á que la República venga casi legalmente, en vez de que llegase por una revolución terrible, que en una semana amputase todo lo podrido en el

cuerpo social! Pero, en fin, contentémonos con que se nos ponga en condiciones de alcanzar en años lo que debiera ser cuestión de pocos días, si no es ya que el pueblo tiene un arranque hermoso y lo arregla todo en unas cuantas horas.

Que sería lo mejor, y hasta lo más económico.

CARTA ABIERTA

Sr. D. Lorenzo Ardid.

Barcelona.

Mi distinguido correligionario y amigo: La lectura del manifiesto de ustedes que publica *El Liberal* de hoy, me pone al corriente de lo que han hecho los federales catalanes. Si no diesen en él un bombo al «Símbolo del federalismo», que, además de no ser rigurosamente merecido, pugna con la severidad democrática y se da de bofetadas con la firma del señor Valles y Ribot, no me parecería del todo deficiente, aunque en puridad se limite á decir que esos federales comulgan en el manifiesto del partido de 22 de Junio de 1894, afirmación innecesaria, si se tiene en cuenta que ninguno de ellos lo había negado hasta la fecha.

En cambio nada concreta en materia de procedimiento, siendo éste el único motivo que produjo la separación de los piistas en la última Asamblea del partido; y si bien consignan los firmantes de aquel documento que, en atención á la gravedad de las circunstancias se hallan dispuestos á realizar cuantos actos conduzcan al logro de los fines por razón de los cuales vive y combate el partido, es seguro que continuarán aguantando la pesadumbre del «Símbolo,» según usted tan magistralmente exponía en cartas que no ha mucho tiempo publicó en *El País*.

Bien es verdad que en las condiciones aceptadas por tirios y troyanos, se marca el palmetazo que dan al maestro aquellos que ayer le llamaban jesuita, y hoy ofician de *loyolas*. Me refiero á haber formado el Comité interino con los miembros de ambos Comités; propuesta que rechazó el Sr. Pi cuando á llamar á los federales á fraternal concordia, calificaba de *disidentes* á los que respetaron las resoluciones de la mayoría de la Asamblea.

Salvando esos lunares, lo que resta del manifiesto me parece de perlas; y para que no crea usted que ahora ó antes he seguido otras inspiraciones que las que me dicta mi entusiasmo por la federación y el procedimiento revolucionario, preconizado éste muchos tiempos por el Sr. Pi, repetiré las palabras que pronuncié ante los Sres. Gutiérrez, Vallés y Ribot y Niembro, que se negaban á la reconciliación, cuando el maestro la pidió. Fueron muy parecidas á las siguientes:

«Proceda de buena ó de mala fe; siendo ó dejando de ser jesuita el Sr. Pi, nosotros debemos responder á su llamamiento para que nadie pueda creer, con razón, que dejamos de hacerlo por conservar los cargos que la Asamblea nos confirió.»

Y no digo más, porque recuerdo aquello de que «al buen callar...»

De usted afectísimo amigo y correligionario
q. b. s. m.

DAMIÁN CASTILLO.

Madrid 9 de Mayo de 1898.

CONTRASTE

El jueves de la semana anterior pasaban varios seminaristas á eso de las cuatro y media por la plaza de Oriente, guiados por sus profesores, y en dirección contraria iban dos inválidos de Cuba, el uno con el brazo derecho y el otro con una pierna de menos.

Al contemplar á unos y á otros, se sentía ira y vergüenza; ira, pensando en que quizás alguno de aquellos infelices lisiados habría ido á la guerra por librarse cualquiera de aquellos que apenas se fijaban en él; y vergüenza, el de que este pueblo tolere esa injusticia con honores de infamia.

Vestidos con el traje de rayadillo los unos, cubiertos los otros con los manteos; éstos gordos y colorados, aquéllos flacuchos y pálidos; preparándose los unos á explotar la imbecilidad humana, inútiles los otros para dedicarse al trabajo honrado...

¡Y aún hay canallas que dicen que Cristo vino á proclamar la igualdad entre los hombres y que el cristianismo ha civilizado al mundo!

¡Infelices de aquellos dos jóvenes inválidos

en un país donde la injusticia se alberga tras el sayal ó el manto!

UN BORREGO AL REDIL

De mucho creíamos capaz á Vallés y Ribot, pero esta vez ha superado todas las esperanzas.

Sabíamos que no se había hecho progresista por no atreverse con Sol y Ortega, que vale indudablemente mucho más que él; que continuaba, contra sus convicciones, si alguna vez las tuvo, en el partido federal creyendo heredar pacíficamente la jefatura por sucesión directa de Pi; más como éste parece inmortal y Vallés envejecía, provocó la disidencia en la última Asamblea, para ser jefe de algo; pero como los pícaros disidentes, que estaban muy cargados de la jefatura de Pi, no querían pontificados, Vallés quedó confundido con los del montón y no pudo pavonearse con la investidura soñada.

Y aquí tienen ustedes al hombre, vagando como el alma de Garibay, ejerciendo de revolucionario cursi á ratos, y á ratos procurando el modo de recobrar el perdido prestigio al lado del jefe á quien volvió la espalda. Quiso negociar con él de potencia á potencia, y Pi, que no perdona, le mandó á paseo. Ahora, convencido del imposible que persigue, vuelve sumiso y penitente á la casa paterna.

Pero en esta ocasión el padre no mata el mejor ternero para celebrar la vuelta del hijo pródigo, sino que obliga á éste á hacer de borrego volviendo al redil con otros cuantos rebeldes, rodeados por el resto del rebaño catalanista.

Y antes de traspasar el dintel de la casa paterna, con la frente humillada entona el *confiteor* y «reconoce en su preclaro maestro don Francisco Pi y Margall el alto símbolo y el fiel intérprete del federalismo.»

Claro es que con esto no se salva la patria, ni siquiera Vallés, despreciado por los suyos y rechazado por los extraños, que quieren y necesitan gente útil y de bríos en estas circunstancias; pero ha servido para demostrar que el que alardeaba de soberbio no era más que un infeliz de cuerpo entero.

CARTA ABIERTA

Sr. D. José Nakens.

Madrid

Distinguido correligionario y amigo: Al exponer usted que quiere la República á todo trance, la traiga quien quiera, y al indicar también que en Castelar encuentra el hombre que ha permanecido fiel al ideal republicano, seguro podía usted estar de que sus palabras no se perderían en el vacío y que encontrarían eco en el corazón de todos los republicanos que, libres de contagio, sienten con ardor y entusiasmo hermanadas la idea de la patria y la de la República.

Si, amigo Nakens; Castelar debe ser el blanco de nuestras miradas; allí, á su retiro, debemos dirigirnos, tirar del aldabón que llame á sus sentimientos de patriota y de republicano sincero, para que oiga nuestras frases, y escuchando en bien de la patria nuestros deseos, se haga cargo de la situación presente; y en su genio, su talento y sus condiciones de hombre de Estado, halle nuevos acentos de convicción, de persuasión y de entusiasmo que, en unión de sus actos, nos conduzcan al régimen republicano. Porque, como dicen otros correligionarios en el mensaje dirigido á don Emilio:

«Nos ha inspirado este acto un grande y solo motivo: el recuerdo, en estas horas tristes para la patria, de otras en las cuales supisteis defenderla con tesón y salvarla con honor merced á vuestro genio soberano.»

Ahora bien, decimos nosotros; ¿habrán traspasado los umbrales de la morada de tan gran político estas que entendemos son las aspiraciones de todos los republicanos?

Sí, no existe duda; Castelar piensa en la Patria, en la República; Castelar madura el proyecto con la calma que su importancia exige; Castelar ve que el edificio constitucional se bambolea por falta de equilibrio estable, porque siente que el centro donde gravita un trono se separa de la base de sustentación: mas Castelar precisa, aunque esto no lo haya dicho, que nos agrupemos en torno suyo la mayoría ó el total de los obreros de la República si ha de edificar y consolidar sobre seguro.

¿No le parece á usted, amigo nuestro, que estando conformes con el mensaje, hay que sumar elementos para decirle la última palabra, que debe ser la que espera don Emilio? Juzga usted, de otra parte, que él permanezca sordo á nuestros clamores, que son los que recogemos de la patria agonizante á impulsos de la inmoralidad constitucional?

Nosotros creemos que no. Más bien creemos ver

renacer al Castelar de antaño, que con su elocuencia y prestigios nacionales y extranjeros dará á luz una de las más perfectas obras á que podemos aspirar; porque reproduciendo un párrafo de nuestro colega *El País*: «Nunca hombre alguno estuvo como él en situación de prestar los mayores servicios á su patria y con el menor número de contradictores y de émulos.»

Porque, añadimos nosotros, nunca en ocasión más propicia puede salir Castelar de su retiro, ya que los hombres se deben á la patria y á las ideas. Y si la fe en la República es seguro que día tras día tiene un altar inmaculado en el santuario de la conciencia de tan gran hombre, nunca momento alguno fué más propicio para erigirse y ser erigido por todos nosotros en redentor de España frente á un régimen gastado, exhausto de fuerzas, de recursos y de prestigio para el gobierno del país; nunca fué más de propósito que ahora llegado el instante del advenimiento de un ideal nuevo en sustitución de otro ya caduco y en punto á extinguirse; nunca, como ahora, Castelar será más grande si, abandonando el silencio de su hogar, acoge nuestras aspiraciones y pronuncia la palabra que anhelamos. ¿No le parece á usted?

Al escribir á usted estas líneas, seguros estamos que será intérprete de nuestras aspiraciones cerca del patricio ilustre, seguro siempre de que si ayer otros correligionarios lo encontraron como el único político capaz de instaurar la República, hoy nosotros le otorgamos nuestra confianza fundados en las mismas ideas y soluciones que usted y los otros aconsejaron ayer.

Tenga usted, amigo nuestro, por hechas estas manifestaciones, y procure que penetre en el ánimo de Castelar la sencillez de nuestros acentos; que, si pocos en número, acaso por la fe inquebrantable de nuestras creencias causarán más impresión en el corazón del patricio de cuya decisión pende la salvación de España; que si hoy somos unos pocos los que á su bandera nos agrupamos, en breve formaremos núcleo compacto, y llamará á su puerta y á su corazón la fe del país en masa y la de todo el partido republicano.

Cumplido nuestro cometido y el deber que la República nos impone, nada mas decimos á usted hoy.

Cuente siempre con el aprecio de sus afmos. S. S. y correligionarios.

Francisco Lacussant.—Gerardo Escudero.—Bonifacio Monje.—Joaquín Arjona.—Enrique Ramírez.—Primo Marco.—José María Hernansáez.—Severo Ochoa.—Francisco Escudero.—Santiago Gil.—Ramón Gil Rubio.—Victor Casado.—Mariano Granados.—Juan Grábalos.—Francisco María Lacalle.—Angel Sanz.—Manuel Molina.—Benito Ruiz.—Román Altar.—M. Martialay.—Calisto Gutiérrez.—Vicente Gil Tejero.—Cipriano Lafuente.—Casimiro Hernández.—Vicente Borque Ramos.—Castor Martialay.—Miguel García Revuelto.—Perfecto Martínez.—Manuel Cuesta.—Magín Lafuente.—Manuel Ruiz.—Rudesindo Pascual.

Soria, 10 de Mayo de 1895.

LOS CARLISTAS

«El discurso del Sr. Mella, que *El Correo Español* ha publicado después en hoja extraordinaria para mayor gloria de Dios, patria y rey, ha sido el discurso más antipatriótico, más antipático, más descortés y más opuesto á la ley de Dios que puede imaginarse.

Antipatriótico, porque no fué más que un esfuerzo ridículo en pro del carlismo, sin tener en cuenta á la Patria para más que amenazarla con la posibilidad de otra guerra civil sobre las guerras civil é internacional que ya tiene; antipático, porque era una mirada de éxtasis á las inquisiciones y los conventos y las cárceles de Felipe II y Carlos el Hechizado, es decir, hacia esos pasados siglos, cuyo recuerdo ha hecho decir despreciativamente á Crispi que España (aun sin la influencia del carlismo) es todavía un pueblo de la Edad Media; descortés, porque toda la habilidad del orador se redujo á intentar chistes y á hacer frases contra altas instituciones, barajando con sacristanesca malicia la Biblia y el lenguaje; y, en fin, opuesto á la ley de Dios, porque esa ley manda en su quinto mandamiento *no mentir*, y el señor Mella mentía cuando dedicaba grandes parrafadas de su oración cursi á ensalzar el cariño de los carlistas al Ejército de España.

¿Es que los carlistas necesitan ahora del Ejército español porque no encuentran ya en el Maestrazgo soldados para su causa?

Pues el señor Mella hace mal en perder el tiempo afirmando que nadie como su partido estima y adora al Ejército, que nada como el carlismo está comprometido con los sentimientos del Ejército, al cual veneró; porque el Ejército español tiene en sus filas aún casi todos los oficiales que pelearon en el Norte, y recibe el discurso del orador con carcajadas ante

el recuerdo de los balazos con que en dos guerras pretendieron sin duda los fanáticos carlistas demostrar al Ejército español sus amores acendrados.

¡Amores de carlistas! ¡Así aman á la Patria!
La Correspondencia Militar agradecería mucho á *El Correo Español* que enviase un ejemplar del curso del señor Mella á cada cuarto banderas. Porque divertiría mucho á los oficiales.

(*La Correspondencia Militar.*)

MI TORPEZA POLÍTICA

Debo entender de política muy poco; por esto sin duda no estoy conforme con lo que la minoría republicana, mejor dicho, el Sr. Salmerón, ha hecho en el debate que acaba de terminar en el Congreso.

Ni por descuido hubiera hablado yo de otra cosa que de la patria, ni combatido á nadie más que al gobierno. Lo demás, siendo yo republicano, dicho quedaba por sí propio.

De esta manera no se habría dado el caso de que conservadores, liberales y carlistas se unieran, ni que se evocaran recuerdos lamentables, ni que las bochornosas palabras ¡*cuneros!* ¡*encasillados!* cayeran abrumadoras sobre el banco de los republicanos sin arrancar una protesta al unísono, enérgica, viril...

Acusar, sí, y dura, terriblemente; pero al gobierno en ejercicio; que ya él se hubiera cuidado de descartarse de las responsabilidades que le alcanzaran.

Bien mirado ¿qué ha dicho Salmerón en el Congreso que el país no sepa? «Que la monarquía tiene la culpa de todo lo que ocurre.» Olvidado lo tiene. Lo que él busca desde hace tiempo, no es quien le señale el mal, sino quien le traiga el remedio.

Los muchos y enérgicos arranques de Salmerón habrían estado muy en su punto, teniendo, poco, un par de regimientos para co-rearlos y unos miles de republicanos preparados para corear á los regimientos. ¡Pero sin eso!...

Francamente; al ver el resultado del debate, he pensado en que tal vez nos hubiera tenido más cuenta permanecer en el retraimiento. «¿Qué hará y que pensará el partido republicano?» se hubiera preguntado la nación. Y quizás en la duda...

En fin, repito que debo entender muy poco de política, cuando sostengo que no debe sacrificarse al gusto de decir cuatro verdades, sabidas por todos, el porvenir de un partido.

MAS SERIEDAD

¿Por qué no decirlo con franqueza? Lo que hacemos no es serio.

Ante la gravedad de las circunstancias; en guerra con un país más poderoso que el nuestro; amenazadas nuestras colonias, en una de las cuales ha puesto ya su planta el enemigo; en riesgo de un desastre cuya posibilidad no se atreven ya á negar los hombres colocados al frente de nuestros destinos, nadie duda de que nuestro pueblo responderá á sus tradiciones y se hará digno de su historia. Pero la manera de hacerlo tiene algo que desdice de la gravedad de la situación y de la seriedad que en casos tales debe presidir á todas las manifestaciones de un pueblo que se apresta á defender su territorio y su honra.

Que hay en España dinero, recursos y elementos para hacer frente á las eventualidades de la guerra, ya se ha visto; pero la suscripción nacional á duras penas traspasa en veinte días la cifra de cinco millones de pesetas, y damos el triste espectáculo de preparar fiestas y diversiones para allegar recursos, como si el sentimiento de la patria no fuera bastante poderoso que necesitara de otros estímulos para manifestarse.

Si alguien, en presencia de la fiebre de fiestas despertada para allegar fondos, dijese que somos un pueblo que hace de todo pretexto para divertirse, de todo, hasta de las desgracias de la patria, no sabríamos qué contestar. Y estamos expuestos á que eso se diga, y lo que es peor, á que por consecuencia de eso mismo, baje nuestro concepto en Europa á un nivel que nos favorezca bien poco.

Aún se comprende que para aliviar una desgracia particular se estimule la caridad, ó mejor dicho, se practique, haciendo que vacie su bolsillo ante los ojos de una hermosa el rico incapaz de desprenderse de un

ochavo; tratándose de los deberes patrios, cuyo cumplimiento puede exigirse por los medios coercitivos de la ley, se debe proceder de otro modo.

No es serio que digamos al enemigo: «cuando la comisión de diputados provinciales arregle lo de la corrida patriótica, nuestras bellas compatriotas se pongan á vender flores en el kiosco de la calle de Alcalá y á organizar funciones y fiestas por todas partes, entonces verán ustedes.»

No; puesto que es necesario reparar desaciertos y torpezas y faltas ó imprevisiones de los gobernantes, y el pueblo español tiene energías y recursos, hágase como deben hacerse esas cosas: en seguida, y sin otros estímulos que el amor á la patria y la salvación de España. Los productos de todas esas funciones, ya sean miles de duros ó millones de pesetas, debían estar á estas horas en el Tesoro nacional y aplicados ya á su objeto.

El que no tiene otra cosa que dar, da su sangre; el que tiene dinero, que dé su dinero; no á cambio de regocijos ó de satisfacciones de la vanidad, sino por el santo amor de la patria.

No basta en trances como éste evitar las derrotas, que al fin y al cabo, tratándose de soldados españoles la derrota será siempre honrosa; se debe evitar el ridículo, que no tiene rehabilitación ni compensaciones.

Dejemos las fiestas, en todo caso, para después de la victoria; ahora, preparémonos para la lucha con la serenidad de la fortaleza, no con las convulsiones históricas de la orgía.

COSILLAS

A los pocos días de reunirse las Cortes, se separó Sol y Ortega de la minoría republicana.

¿Por qué? Porque el Sr. Salmerón pretendía someter á los diputados á una disciplina que ni los quintos. Habían de hablar lo que él quisiera, como quisiera y cuando quisiera.

Felicito por su actitud á Sol y Ortega.

El hambre sigue promoviendo motines en toda España. Son tantos los puntos donde lo ha habido ya, que sería más sencillo y más breve indicar aquellos en que no han ocurrido.

Que nos hablen ahora del orden monárquico y de la prosperidad de la restauración.

Todos los días leo:

«Ha salido de la catedral ó de la iglesia de... una procesión rogativa por el triunfo de las armas españolas, presidida por las autoridades. El gentío era inmenso, las banderas nacionales adornaban los balcones, etc., etc.»

Y cada vez que lo leo, frases de desprecio y de ira acuden á mis labios; desprecio para los comparsas conscientes de esas mascaradas místicas; ira para los que las alientan y explotan.

Si eso sirve para algo ¿por qué nos vencen los yanquis, que no son católicos? Y si no sirve ¿por qué se engaña de esa manera á las muchedumbres?

¡Ah pueblo infeliz, eterno engañado, víctima perpétua! Mientras busques en el cielo tu redención, la tierra pertenecerá por completo á los que te engañan.

¡Cesen, por favor, las rogativas!

Comenzaron cuando lo de Melilla, donde á pesar de ellas quedamos cochinamente, y á poco estalló la insurrección en Cuba.

Siguieron en grande escala con tal pretexto, y saltó y vino la insurrección de Filipinas.

Aumentaron más todavía, y nos declararon la guerra los Estados Unidos.

Hoy, que ya es un delirio, una orgía de rezos lo que hay en España, de temer es que todo el mundo arremeta contra nosotros.

Las desventuras han ido en aumento al compás de las plegarias, lo cual prueba que no sirven para nada, ó que Dios mismo está indignado de ver lo imbéciles que somos, cuando gastamos en mantener frailes lo que deberíamos emplear en acorazados.

Y bien mirado, tiene razón.

¿Qué va á hacer por nosotros en una guerra marítima, si no le damos la base de dos ó tres poderosas escuadras?

DISPAROS

Hubo en Villacañas su correspondiente motín por hambre, y el ayuntamiento convocó á la Junta de Asociados para resolver el conflicto.

Acordaron abonar la diferencia que había entre el precio que el pueblo pedía y el que realmente costaba el trigo, y acudieron á casa del párroco, para que diese algo con tal objeto.

¡Algo! Si se descuidan les hubiera dado el Villalobos (así se llama), algo más que malas razones, que fué de lo único que anduvo generoso. Y con tal descaro se negó á dar un céntimo, que al decirle uno de los asociados que haría pública su negativa, tuvo palabras impropias de toda persona bien educada. ¡Vaya un parroquidermo dulce y caritativo!

En cambio el presbítero Maqueda, á quien también acudieron, entregó 150 pesetas; rasgo que consigno gustoso, no sólo porque pone más de relieve la conducta del Villalobos, sino porque me gusta hacer justicia aun á los que me creen su enemigo.

Compadezco á los vecinos de Villacañas por tener que aguantar á un curaza de ese calibre, egoísta é inhumano, que ni aun en casos de hambre y miseria extremos, sacrifica un céntimo en favor de los infelices á quienes explota de varios modos.

¿Cuándo vuelve á echarse á la calle el rosario de la Aurora? Lo pregunto para saber á ciencia cierta el día que tendremos noticias de otra catástrofe.

Se recordará que andaban beatos y curas exhibiéndose por esas calles, el día que supimos la de Cavite.

Los Redentoristas abrieron el día 29 al culto una nueva iglesia en la calle de Garcilaso.

Un nuevo acorazado para la guerra... carlista.

Hace pocos días trató de suicidarse en Madrid un presbítero. Muchos de su oficio relacionaban el hecho con la excesiva y fría severidad que en la secretaría episcopal se emplea con cierta parte del clero.

Y á propósito ¿qué fué de Galeote?

En las listas de la suscripción patriótica y en los ofrecimientos que los particulares hacen por medio de los periódicos, casi puede asegurarse que tienen representación todas las clases sociales. Todas menos el clero.

Ni un cura para muestra. Quieren demostrar prácticamente que ellos están aquí para llevarse todo y no devolver nada.

En Corella (Navarra), al terminar una rogativa para impetrar del Todopoderoso la terminación de la guerra y cuando en la plaza había mayor número de personas, se desprendió de uno de los balcones de la casa Ayuntamiento una gran piedra, produciendo heridas de bastante consideración á las jóvenes Cecilia Martínez y María Cruz Villafranca, y leves á Brígida Gómez y Carmen Castillo.

Nada, que en el cielo están ya hasta la punta del pelo de nuestras rogativas.

Urge suprimirlas, ó vamos á espichar todos.

OBRA NUEVA

El ilustrado y popular escritor Enrique Rodríguez Solís ha publicado un nuevo libro, titulado *La mujer Española y Americana* (su esclavitud, sus luchas y dolores), obra consagrada á analizar la situación de la mujer en el curso de la historia, y á la defensa de sus derechos, de los que, como es sabido, Rodríguez Solís es resuelto sostenedor.

En esta hermosa obra analiza el problema femenino y el de la reivindicación de los derechos de la mujer, con gran copia de argumentos deducidos de la historia y con datos y hechos tan curiosos como interesantes.

Véndese á tres pesetas en casa del autor, Espada, 9 principal, y en las principales librerías.

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

Van publicados 39 folletos.

Quedan seis por publicar.

15 céntimos, (10 para los suscriptores).

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.